



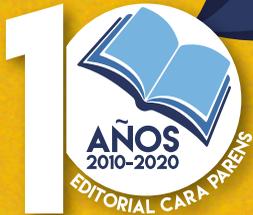
Universidad
Rafael Landívar
Tradición Jesuita en Guatemala

EDITORIAL
CARA
PARENS
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR

ANTOLOGÍA CARA PARENS



CUENTO CORTO Y POESÍA 2020





Universidad
Rafael Landívar
Tradicón Jesuita en Guatemala

EDITORIAL
CARA
PARENS
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR



ANTOLOGÍA CARA PARENS



CUENTO CORTO Y POESÍA 2020



863.7281

A634

Antología Cara Parens. Cuento corto y poesía 2020.

-- Guatemala : Universidad Rafael Landívar,
Editorial Cara Parens, 2021.

50 páginas (En la cubierta : 10 años 2010-2020
Editorial. Cara Parens)

ISBN de la edición física: 978-9929-54-346-1

ISBN de la edición digital: 978-9929-54-347-8

1. Cuentos guatemaltecos
2. Poesía guatemalteca
3. Antologías literarias
 - i. Universidad Rafael Landívar, Editorial Cara Parens,
editor
 - ii. t.

SCDD 22

ANTOLOGÍA CARA PARENS CUENTO CORTO Y POESÍA 2020

Edición, 2021

Universidad Rafael Landívar, Editorial Cara Parens.

Se permite la reproducción total o parcial de esta obra, siempre que se cite la fuente.

D. R. ©

Universidad Rafael Landívar, Editorial Cara Parens
Vista Hermosa III, Campus Central, zona 16,
Edificio G, oficina 103

Apartado postal 39-C, ciudad de Guatemala,
Guatemala 01016

PBX: (502) 2426-2626, extensiones 3158 y 3124

Correo electrónico: caraparens@url.edu.gt

Sitio electrónico: www.url.edu.gt

Revisión, edición, diseño y diagramación por la
Editorial Cara Parens.

Impresión con el auspicio de Serviprensa, S. A.

Las opiniones expresadas en esta publicación son
de exclusiva responsabilidad de los autores y no
necesariamente compartidas por la Universidad
Rafael Landívar.



JURADO CALIFICADOR DEL CERTAMEN DE CUENTO CORTO Y POESÍA 2020

CATEGORÍA DE CUENTO CORTO

José Manuel Monterroso
Ernesto Loukota Soler
Joshua Emmanuel Larrazábal

CATEGORÍA DE POESÍA

Ligia García y García
Carolina Escobar Sarti
Hilda Magali Letona

Índice

CUENTO CORTO 1

Paranoia 3
Mariah Alexandra Granados González

La última guerra 7
Luisa María Moran Navas

Buenas noches 11
Katherine Rocio Lorenzo Escobar

El mantra de Martita 13
Edna Jimena Aguilar Rodríguez

Rey pero no noble 15
Carlos Eduardo Arana Ramirez

La mancha 19
Pablo Eduardo Ramírez Rios

POESÍA 23

Mecánica clásica 25
Héctor Raúl Mó Ixim

Cenote 29
Carlos Eduardo Arana Ramirez

Sueño 31
Andrea María Avila Balcarcel

Cansancio 33
Pablo Eduardo Ramírez Rios

A los veintitantos 35
Lisseth María de León Durán

No hubo sangre 39
Andrea Paola Xicará de Paz



CUENTO CORTO



Paranoia

MARIAH ALEXANDRA GRANADOS GONZÁLEZ

Tercer año de la Licenciatura en Medicina

Facultad de Ciencias de la Salud, Campus Central

Si me diesen a elegir entre un sueño feliz y una pesadilla, elegiría sin dudar la segunda. Mi elección no la baso puramente en cuestiones de apariencia, de hacerme el fuerte, el interesante; más bien, a lo largo de mi corta vida, he observado que, si bien las pesadillas te hacen pasar un mal rato, los sueños te hacen cuestionar la definición de felicidad en tu vida. Claro, la ilusión al despertar es de los sentimientos más agradables y auténticos que el ser humano es capaz de sentir; sin embargo, esa ilusión inicial poco a poco se va convirtiendo en una insatisfacción profunda que nace como una idea insignificante, diminuta, fugitiva y termina como una sentencia de muerte.

Un miedo fundado en esta teoría se apoderó de mí cuando observé a mi hermano con la mirada perdida y una sonrisa en el rostro. Cómo no sentir miedo si antes de él observé en mí esa misma sonrisa, sonrisa que con el tiempo se fue convirtiendo en una mueca de decepción e indiferencia hasta llegar al punto de convencerme de que la vida, al fin y al

cabo, no era tan buena como la pintaban las personas que, desde su propia desdicha y pesar, procuraban convencer a otros de lo placentera que creían, podría llegar a ser.

En los días que precedieron al sueño, permanecí varias noches de pie al lado de la cama de mi hermano y, de manera que otros despreocupados podrían considerar enfermiza, revisaba su pulso y respiración para evitar que, por desgracia de un frasco de benzodicepinas o unos cuantos tragos de cianuro, su vida acabase en un sueño profundo. Con el tiempo, la obsesión por conservar el bienestar de la única persona que quedaba en mi miserable existencia no hizo más que extenderse hasta llegar a conformar la totalidad de mis pensamientos, día y noche.

Al principio oculté toda angustia y preocupación; de esa manera, evitaba que mi hermano advirtiera la continua vigilancia bajo la que se encontraba. Luego de algunas semanas, ya no fui capaz de mantener en secreto la repentina sobreprotección que me esforzaba tanto por darle y terminé por renunciar a mi empleo, prohibirle salir con amigos o ir a la escuela, para no perderlo de vista durante todo el día.

Sin darle razón alguna del porqué de las restricciones, pasaron varios meses en los que sobrevivimos a base de ahorros y palabras de cortesía. Era más que evidente el resentimiento que me guardaba por lo que él consideró, era deshacerme de su vida; sin embargo, por más que me dolieran sus miradas despectivas y las múltiples indirectas lanzadas, sabía que los cuidados que le daba eran para un bien mayor.

Finalmente, la herencia de mis padres y los ahorros de una vida de trabajo se desvanecieron por más cauto que fuera con los mismos, por lo tanto, me vi obligado a conseguir un trabajo que, por suerte, encajaba de forma perfecta con el horario de sueño de mi hermano. Inicié sin mencionarle una sola palabra de las horas de soledad que obtendría durante la noche; además del cansancio (porque dormía a lo mucho tres o cuatro horas luego de volver a casa), todo funcionaba a la perfección. Hasta que, en un desafortunado día, las tres horas se convirtieron en seis y, aprovechando mi ausencia mental, mi hermano salió dejando como excusa una nota en la que garabateó con letras desiguales que iría a la granja por miel.

Pasaron aproximadamente cinco minutos, pero en mi locura cada segundo que el reloj marcaba era equivalente a horas de angustia, tortura e indignación. Llegué a caminar varias veces alrededor de la casa con la vaga esperanza de que fuera a regresar, sabía que era inútil ir a buscarlo a la granja, pues a lo mejor era una excusa para alejarme por algún tiempo y no ser capaz de interrumpir las intenciones de acabar con su vida. La desesperación aumentaba cada vez más, llegué a pensar que, quizás, no regresaba porque podía verme caminar sin sentido por toda la casa; así que decidí observar su regreso desde la tienda de enfrente. Pero, aun escondido detrás de unas tablas viejas, mi hermano no daba señal de vida. Empezó a llover y, bajo la idea de que ya era demasiado tarde, decidí regresar a casa.

Esperé a que algún conductor miope y distraído pasara a alta velocidad por la calle, y crucé.

La última guerra

LUISA MARÍA MORAN NAVAS

Cuarto año de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación

Facultad de Humanidades, Campus Central

De las batallas que he enfrentado, esta es la peor de todas. El silencio es ensordecedor, haciendo pensar a cualquiera que nada sucede aquí, pero el caos que nos rodea cuenta una historia completamente distinta.

Lamentablemente, la calma no dura mucho tiempo. Rápidamente empiezan de nuevo las balas, las granadas y las bombas, que hábilmente se aseguran de destruir hasta el último rincón del campo de batalla.

Al igual que con las veces anteriores, esta es una guerra de dos personas. Estos «jefes» son los únicos con derecho a un arma, así que ya nadie se atreve a acercarse por miedo a ser daño colateral. Obviamente, yo tenía que ser la excepción a la regla. Algunos dirán que me acerco por estúpido, yo digo que es porque soy el mayor y, desgraciadamente, he visto esta misma batalla desenvolverse una y otra vez, siempre con el mismo resultado: caos.

En medio del desorden sobresale el sonido de unos delicados pasos que se dirigen hacia mí. Es ahí cuando mi mente regresa a la realidad y despierto *–oh, claro que recuerdo–*: esta no es una guerra, al menos no de las que te quitan la vida.

El campo de batalla no es más que la cocina de mi casa, las balas son palabras, las granadas son platos y tazas de cerámica, y las bombas son los cuchillos que se les cruzan en el camino a mis padres.

Es por momentos como este que pienso que haber vivido en la época de la guerra tal vez no habría sido tan malo. Probablemente me habría encontrado a alguien dispuesto a acabar con mi sufrimiento con antelación.

Camila se abalanza sobre mí y, cual diosa de la paz, calma instantáneamente el tormento en el que se ha convertido mi alma, aunque sea por unos segundos. Con mi abrazo intento protegerla de las balas perdidas, pero es una difícil misión cuando el caos a nuestro alrededor no cesa.

Intento levantarme para escapar del campo de batalla, porque la diosa en potencia que se aferra a mí no debería de estar aquí. Su corazón no merece ser pervertido, al menos no todavía.

El problema es que no logro llegar muy lejos porque, justo ahí, en el medio del campo de batalla, las penetrantes miradas de mis padres me detienen. Ellos no hacen nada, ya

no gritan ni se lanzan objetos y, por un milisegundo, me atrevo a pensar que darán por concluida la batalla de hoy.

¡Qué ingenuo de mi parte!

Es como si nunca me hubieran visto porque, casi de la nada, las balas y las granadas empiezan de nuevo. Pero cuando estas se acaban, deciden sacar el armamento pesado: las bombas.

Ellos lanzan una tras otra, volando en todas direcciones, y yo no puedo hacer más que tirarme al suelo para tratar de proteger a Camila lo mejor que pueda. Pero es ahí, arrodillado en el suelo, que me doy cuenta de que algo no está bien.

En ese mismo instante cesan las bombas por completo.

Inmediatamente noto el problema: *flores*.

Las flores de cala blancas se encuentran dispersas por todas partes. Mi ropa, mis manos, Camila. Cuando veo a mi pequeña y frágil niña, el mundo se me empieza a derrumbar. Me reviso desesperadamente, rogándole en secreto a cualquier dios que las flores sean mías, pero no encuentro nada.

Unas flores con tan bello significado no podrían venir de mí.

Con mis manos temblorosas empiezo a revisarla cuidadosamente. Pero no hace falta que busque mucho, porque inmediatamente veo las marcas que dejó una de las bombas en su cuello.

Y así, mi bella diosa de la paz, rodeada de flores de cala blancas, le hace justicia a su nombre presentando un último sacrificio: el intercambio de un corazón puro y lleno de amor, por dos corazones rotos y corrompidos.

Esta no se suponía que era una guerra de verdad, pero el resultado terminó siendo el mismo.

Buenas noches

KATHERINE ROCIO LORENZO ESCOBAR

Quinto año de Ingeniería en Informática y Sistemas

Facultad de Ingeniería, Campus Central

Nueve de la noche, mamá se encuentra en la habitación de su hijo. Se dispone a acobijarlo, le da un beso en la frente.

- Buenas noches.

La madre se levanta, dispuesta a salir de la habitación.

- Mamá, ¿qué está sucediendo allá afuera?
- Duérmete.
- Mamá, tengo miedo.

La madre se voltea, haciendo conciencia de que su hijo solo tiene cuatro años. Se sienta a un lado de la cama, lo ve a los ojos. No sabe qué decirle. Le acaricia el pelo, que refleja brillo junto a la lámpara de noche.

Él se queda dormido.

La madre sale de la habitación conteniendo la respiración, los ojos se le llenan de lágrimas. Ella también le tiene miedo a lo que está pasando allá afuera.

Naveen

El mantra de Martita

EDNA JIMENA AGUILAR RODRÍGUEZ

Quinto año de la Licenciatura en Psicología
Facultad de Humanidades, Campus de Quetzaltenango

Catorce de mayo, diez de la mañana. «Hoy será el último día, lo prometo...». El mantra de Martita, de lunes a domingo se juraba a sí misma que lo iba a dejar. Dos meses ya con la maleta lista, solo lo esencial: tres juegos de ropa interior, su vestido azul favorito, una Biblia dedicada en puño y letra por su madre, un sobre español con el cierre de cursos de Ingeniería en Sistemas, un acta de matrimonio, una solicitud de divorcio, la partida de nacimiento, diez mil quetzales, tres pijamas para Felipe, dos mordederos, cinco pañales, dos pachas, la cobija de estrellas y el osito gris. En su bolsa de mano: dos mascarillas, alcohol en gel y suficiente maquillaje para no llamar la atención.

Catorce de mayo, siete de la noche. Martita está viendo las noticias, mientras danza alegremente frente al televisor con Felipe en brazos, para que no lllore y Ramiro pueda escuchar. «Hemos decidido cerrar el país por tres días». Tres días más... Martita lo podría soportar, al fin y al cabo, estaba de acuerdo con las nuevas disposiciones, reflexión que hizo mientras recordaba el susto que le había provocado la fiebre del bebé, semanas atrás.

Catorce de mayo, nueve de la noche. Felipe está dormido y Martita, no. «¿Tenemos suficiente comida para el fin de semana?», gruñe Ramiro. De nuevo esa sensación: ojos húmedos, audibles latidos azotando el pecho, manos temblorosas, fuertes deseos de correr y nunca más volver a parar. «No...». La suave voz de Martita apenas se pudo escuchar. ¡Claro! Iba a ser el último día, «a partir de mañana, que le cocine su mamá, a ver si viene para eso la señora». Qué gran error cometió Martita, al reírse una y otra vez tras la pequeña picardía de sus pensamientos matutinos.

Quince de mayo, siete minutos después de la media noche. Martita está lavando las sábanas. A su exquisito marido no le gusta dormir sobre la ropa que acaba de ensuciar. Los párpados se sienten pesados, las piernas débiles, ya no hay lágrimas cuando el horror se ha vuelto una rutina.

Dieciocho de mayo, seis de la mañana. Suena la alarma que despierta todos los días a doña Marta. Pero... si la melodía está programada para irrumpir cuarenta minutos más tarde... ¡Ah! Es una llamada.

«¡Aloooo!», responde doña Marta.

«Doña Marta, soy Ramiro. Sin importarle el toque de queda, ayer Martita, su hija, se fue de la casa, ¡con maleta y todo! Felipe no deja de llorar. Necesito que me venga a ayudar».

Suspiro.

Rey pero no noble

CARLOS EDUARDO ARANA RAMIREZ

Segundo año de la Licenciatura en Letras y Filosofía

Facultad de Humanidades, Campus Central

Allá, en una ciénaga enorme, se encontraba un pequeño castillo cubierto de moho. Aquel pantano no era lo que solía, un reino de ajolotes, ranas, sapos y varios animales más; ahora solo puede apreciarse un mórbido laberinto de calles de agua junto a un cementerio de recuerdos. En aquel humedal ya solo quedaba el viejo, muy viejo rey ajolote, More. Un anciano encorvado, que apenas podía abrir los ojos o andar, para esto último usaba un bastón corto que, en su camino al suelo, sufría varias anomalías, se asemejaba más a una rama recién arrancada con una aguamarina decorando la punta superior que a un bastón real. More siempre fue un rey conflictivo, vivió toda su vida de manera muy tranquila, no se preocupaba por ser comido ni por fracasar, después de todo era un ajolote, venía del linaje de dioses y reyes.

Los ajolotes siempre reinaron estas tierras: el agua que recorría toda la ciénaga fue otorgada por los dioses a estos simpáticos animales, hacía ya cientos de años. De

generación en generación, aquel bastón aforme que More ahora usaba, era pasado como señal de poder. El resto de animales que habitaban la zona nunca había sentido recelo hacia el rey, pues la raza de estos monstruos de agua era bastante perspicaz y de gran corazón; las decenas de reyes que gobernaron ese paraje lleno de nenúfares, lirios y árboles, siempre se desvivieron para que su pueblo fuese armónico. Al menos hasta que More heredó el trono; More siempre fue diferente al resto de su especie.

Desde muy chico entendió que al ser primogénito solo debía esperar, se la pasaba presumiendo y fanfarroneando que sería el próximo rey. En la escuela se la pasaba diciendo: «Cuando sea rey, todos me harán caso». Los niños, siendo niños, pensaban que era broma, así que jugaban con él a seguir todas sus indicaciones; al principio todos se divertían en recreo corriendo y saltando, pero luego el pequeño y abusivo More les pedía su comida, o incluso que le hicieran la tarea, y si no le obedecían, los golpeaba. Así creció More, abusando y mandando.

Cuando cumplió la mayoría de edad, comenzó a desesperar, pues su padre seguía vivo y así no podría subir al poder el joven anfibio. Una noche, su ya anciano padre cayó enfermo, y de inmediato mandó a llamar al primogénito. «Hijo, ya no me queda mucho tiempo», dijo el rey adolorido entre su violenta tos. «Quizá no fui un buen padre y te descuidé, pero confío en que harás un gran papel». Luego de ese último suspiro, cogió el bastón con el agua marina y muy lentamente lo puso en las manos de su descendiente.

Ya con More en el trono, los años fueron pasando y el reino se fue deprimiendo. Antes, las aguas se notaban vivas, con color y movimiento, las hojas y flores rebozaban en todo su esplendor, pero las cosas fueron cambiando paulatinamente. El reino se tornó gris y melancólico. Los dirigentes anteriores nunca construyeron un palacio, preferían que todos los recursos se dirigieran a su pueblo, pero More en cuanto pudo obligó la construcción de un castillo que lo enalteciera; la sombra de este monumento cubrió a todos los habitantes, haciéndoles sentir más tristes, cansados y con frío. Poco a poco, las malas decisiones del dictador fueron enfureciendo al pueblo, que lentamente se fue vaciando, pues todos se iban en busca de nuevos hogares. «Bah, quién los necesita», decía el rey embriagado de poder, mientras admiraba su bastón.

Los años seguían pasando y todo el humedal había crecido, hundiendo la mayoría de casas, e incluso gran parte del castillo. Ya nadie estaba ahí para admirar al gran rey More, solo el moho que se esparcía alrededor. En su soledad, el ajolote se volvió muy docto en muchísimos temas: había leído centenares de libros y enciclopedias, aprendido a tocar todos los instrumentos, e incluso a tejer y pintar. «Ojalá mi gente me viera ahora, quizá ahora podría darles más», se lamentaba el ya anciano monstruo de agua, mientras se tambaleaba por los pasillos del castillo.

Llegó al corredor donde colgaban las pinturas de todos los que alguna vez habían reinado. Estas pinturas solían ser hechas por los artistas del pueblo, las hacían con mucho amor y las obsequiaban al rey cuando este andaba por ahí. More nunca fue retratado, pues

nunca fue amado por su gente, y aunque lo hubiese sido, nunca se enteraría, porque jamás salió de su fortaleza para verles.

More pasó sus últimos días lamentándose, llorando frente al retrato de su padre e imaginando cómo hubiese sido el retrato de su hijo. Todo quedó debajo de las aguas de esta ciénaga, perdido y olvidado, el cuento del rey que jamás fue noble.

La mancha

PABLO EDUARDO RAMÍREZ RIOS

Primer año de la Licenciatura en Ingeniería Química
Facultad de Ingeniería, Campus Central

«He estado pensando en lo que soy. Lo que la gente mira que soy. De lo que estoy compuesto». Todo esto lo meditaba Eddie Turnie a las últimas horas de la noche en su estudio, con una luz tenue y de color amarillo que daba tono a toda la habitación.

Un vaso, medio vacío, con coñac estaba servido en su escritorio. Eddie miraba el exterior del edificio a través de una ventana. «¿Qué es?», se preguntaba constantemente. ¿Sería una molestia?

Había algo que crecía en medio de todo. Tal vez era esa gotera que empezaba a ser un problema para una mente inquieta como la de Eddie. O tal vez era un poco del licor derramado y que nunca se había ido. Pero lo que sí es cierto es que era una mancha. Una mancha sobre la alfombra, que parecía pequeña y que ya llevaba bastante tiempo impregnada.

«¿Qué eres?». Pensaba. Escribía. Gritaba. Nadie oía, más que un (el) cuervo que llegó a posarse cerca de la barandilla del balcón. Sin que Turnie se percatara, el cuervo entró a la sala. Y se posó al costado de Eddie. «La mancha, recuerda la mancha», le susurraba el cuervo al oído. Una, y otra, y otra vez. (Siempre).

«¿La mancha? ¿La mancha? ¿La mancha?», decía Eddie. Había perdido el sentido de lo que hacía, cuando se percató de que la mancha iba agrandándose. No sabía a dónde ir, ni qué pensar, ni qué decir. La mancha iba acercándose a Eddie, que se quedó estupefacto por la imagen mórbida y sombría de una mancha moviéndose.

Tomó forma. Tomó la forma de lo que menos quería Eddie que tomase esa monstruosidad. Tomó la forma de lo que más temía. Tomó la forma de su silueta. Y con pasos firmes y espaciados, se dirigía hacia él.

Parecía que ya no había nada que hacer. La mancha iba ganando terreno. Eddie se vio sumido en un mar de sensaciones y recuerdos, aunados a los esfuerzos vanos de escapar o de gritar. Recordó cuando vio la mancha, y que no le había dado importancia. Recordó postergar la labor de limpieza para el siguiente fin de semana, y repetir la excusa constantemente. Recordó cuando puso la alfombra donde se había hecho la mancha, y lo feliz que se sentía de haberla comprado con su dinero. Pero recordar no le servía de nada, cuando su silueta estaba a escasos centímetros de él. Turnie solo cerró los ojos, y suspiró. Parecía que todo había terminado.

¿De qué servía huir cuando es tu silueta la que te persigue? ¿De qué sirve anticiparse a encontrarse con ello? Eddie volvió a ver la habitación. No había nada. Todo había pasado. Otra vez.

POESÍA



Mecánica clásica

HÉCTOR RAÚL MÓ IXIM

Tercer año de Ingeniería Forestal

Facultad de Ciencias Ambientales y Agrícolas, Campus San Pedro Claver, S. J. de La Verapaz

¡Oh, rama de la física!
Comportamientos físicos lo que buscas,
en reposo y macroscópicos,
haces contrastes con la velocidad de luz.

¡Oh!, equilibrio perfecto,
¡oh!, carente cambio de movimiento,
producido por tu desplazamiento.

Esbelta rama de la mecánica,
que estudia cómo actúan las fuerzas
sobre aquellos cuerpos sedentarios.

Para que tu existir sea verdadero
tu suma vectorial de fuerzas
que provocan sobre ti,
debe ser una cantidad cero.

Los péndulos y poleas
que te ayudan a ser más gráfica
te hacen emerger con cualidades
que nadie más puede tener.

Mientras un cuerpo permanecía en reposo,
Newton te pensó de una manera sutil.

El sentido a la fuerza de los organismos,
armonizar fenómenos en libros.

Rama, que describes el movimiento
de los objetos sólidos, sin importar su causa,
a ti que te limitas al estudio,
en trayectorias y fusión del tiempo.

La velocidad que determina
al cociente inducido al desplazamiento
y tiempo adquirido.

Por tanto, tienes como inspiración
al cociente dividido tu variación
de velocidad y lapso manipulado.

Eres quien describe el desarrollo
del tiempo, indagas en el movimiento
y surgimiento de los cuerpos;
tu fuente vital es el desplazamiento
en el espacio.

Para tu hallazgo esencial,
las ecuaciones son fundamentales.

Tienes la misión de describir factores de alteraciones físicas;
tu valor se mantiene mientras que el sistema se mueve.

Cenote

CARLOS EDUARDO ARANA RAMIREZ

Segundo año de la Licenciatura en Letras y Filosofía

Facultad de Humanidades, Campus Central

Cenote que esconde en sus aguas de todo,
las estrellas
e incluso la luna.

Laguna pura que siempre resguarda los latidos de dios
y guarda la calma del agua.

Cenote bendito que escondo entre mis costillas,
no te vuelques
que se me acaba la vida.

Aunque a veces las ideas y las palabras
causen eco con el hueso que te rodea,
haz caso omiso,
tú sigue claro y cristalino.

Cenote que vibra al toque,
y hace de parada que no necesita pasaporte,
acoge a quien sea,
deja que te disfruten.

Cenote,
sigue conmigo,
sigue brillando,
que si te secas me muero.

Sueño

ANDREA MARÍA AVILA BALCARCEL

Tercer año de la Licenciatura en Nutrición
Facultad de Ciencias de la Salud, Campus Central

Desde estas cuatro paredes,
yo... sueño.

Sueño con el ruido cotidiano,
con la libertad del vaivén de mis pasos por las calles,
sueño con los atardeceres frente al mar,
o con el frío de los pies por la lluvia en La Antigua.

Sueño con el café de la abuelita,
con la risa de los primos,
con la complicidad de los amigos.

Sueño con los atardeceres de noviembre,
en donde todos podamos estar juntos,
donde hayamos aprendido a vernos iguales,
a sentirnos iguales,
donde de este confinamiento haya florecido lo mejor de nosotros.

Sueño con un despertar humano,
sueño contigo,
conmigo,
unidos,
atados por las fuerzas de la igualdad.

Cansancio

PABLO EDUARDO RAMÍREZ RIOS

Primer año de Ingeniería Química
Facultad de Ingeniería, Campus Central

Me cansé de escribir, ¿sabes?
De fingir y sopesar cada letra
Pensando que va a ser una obra maestra
Cuando lo que importa es que diga lo que siento.

Me cansé de esperar, ¿sabes?
De esperar a que las alas de la inspiración lleguen a mí.
Pensando que con ellas voy a lograr gloria
Cuando lo que quiero es sentir felicidad.

Me cansé de inhibirme, ¿sabes?
De pensar y pensar y pensar y no permitirme vivir.

Deseando que toda mi realidad fuese distinta
Cuando lo que tengo es lo que muchos desearían.

Me cansé de gritar, ¿sabes?
De llenar mi mente de ruido y de ansiedades
Deseando que ellas solucionasen algo
Cuando lo único que me calma es el silencio.

Me cansé de no luchar sabiendo que puedo luchar.
Me cansé de creer mis mentiras y culparme de sobra.

Me cansé de mi soberbia y de no pedir ayuda.

Me cansé de morir y de no resucitar.

Me cansé, y ahora que me he cansado de cansarme
Buscaré el silencio de mi mente
Buscaré la felicidad de mi alma
Buscaré el descanso que pide mi corazón.

Porque me cansé de cansarme.

A los veintitantos

LISSETH MARÍA DE LEÓN DURÁN

Quinto año de la Licenciatura en Ciencias Jurídicas y Sociales
Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Campus de Quetzaltenango

Hoy, los años tenidos son veintiocho, ayer eran veintitrés;
con son y desgaste de querer pintar el cabello, con tinta
melancólica amarilla, para quejumar el rugido del estrés,
con ternura y locura de una fibra que el corazón atilinta.

Mendigué un trozo de quererte, una rosa blanca y un hilo azul;
apenas, las penas de memoria han regresado con decadencia
de felicidad, provocando convulsiones en el corazón,
al que mentí cuando la voluntad combatió con la razón,
quien gritó estruendosamente: ¡demencia!
¡Adonis! Demencia irresistible y lógica encerrada en el cusul.

¡Ay, los años! La lontananza avanza en dirección irresoluta,
así la ven los ojos, con tirantez del eufemismo de tus celos;
acarician mis pensamientos, apedrean mi lengua, ciegan
altas estepas de la palabra y la lágrima absoluta,
nacida de los sentimientos que la mente y el pasado, aplegan.

¡Cadencia, mi amor herético!; la complacencia provocó saciedad,
¡hartura de ti!, derreniego los quebrantos de voz de un descuido
ahogado en tu mirada; así llegó la burla de la sociedad;
tifón de nostalgias, tres veces y un poco más el afecto constituido
en una sombra pueril, sonriendo al nerviosismo de tus soflamas.

Llovizna, mudez, es lo que había, lo que hubo, lo que no hay;
el requiebro de tu mano en tu carácter florecido talante,
tan usado en todas las voces preguerra, atando las olas con noray,
para no dejar huir las memorias del inconsciente runflante.

El reloj se derramó en las flechas del tiempo; llegó alguien.

No te veo, ahí donde la frialdad implacable se subleva al sol;
otra vez un no, otra vez un sí, a las palabras que asfixien
el respirar del amor y la tristeza que son la locura del corazón.

Y tu nombre acá, implícito en cada una de estas literaturas;
rumiante piel en mis labios, rumiante de mis deseos,
dijiste quedarte, y tras besar, corriste en opuestas posturas
con la teúrgia de los museos.

No hay nada que circuir,
no está la ribera,
no hay nada que escribir,
maté a la quimera.

Quise escribirte, hoy a los ventiocho, ayer a los ventitrés.

No hubo sangre

ANDREA PAOLA XICARÁ DE PAZ

Tercer año de la Licenciatura en Ciencias Jurídicas y Sociales
Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Campus Central

Pareció invisible
el abandono de aquello
que creía posible;
perderme en mi escondite;
bajarme el volumen
cada vez que grite;
que la noche se estrellara,
haciendo el día terminar
mucho antes de que empezara;
el diluvio sobre acuarelas;
aplanar el rostro
en menos de lo que se revela.

Pareció mentira
el día que era noche
y la luna que no sonreía.

No creía
en la sequía de la hierba
que dimanó de un poco de sed;
en el eclipse para la espiga
que empezó como una luz
tenue que saluda frágil,
porque no hubo sangre,
solo una piscina de ceniza
de lo que fue el acerrín
de mi campo de espigas;
la fachada de un presente
del que solo vacíos emanaron.

La emoción fue la Ceres negra
que mis susurros descuidaron.

ESCAÑA LOS CÓDIGOS QR PARA ACCEDER A NUESTROS CATÁLOGOS



**CRAI
LANDÍVAR**
RED DE BIBLIOTECAS

Centro de recursos para el aprendizaje y la investigación

CATÁLOGO
DE PUBLICACIONES
EDITORIAL CARA PARENS
PUBLICATIONS CATALOGUE
2 0 1 8



CATÁLOGO
DE PUBLICACIONES
EDITORIAL CARA PARENS
PUBLICATIONS CATALOGUE
2 0 1 9



CATÁLOGO
DE PUBLICACIONES
EDITORIAL CARA PARENS
PUBLICATIONS CATALOGUE
2 0 2 0



Esta publicación fue impresa en los
talleres gráficos de Serviprensa, S. A., en marzo de 2021.
La edición consta de 100 ejemplares en papel Bond beige de 80 gramos.



Universidad
Rafael Landívar
Tradición Jesuita en Guatemala

EDITORIAL
**CARA
PARENS**
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR

